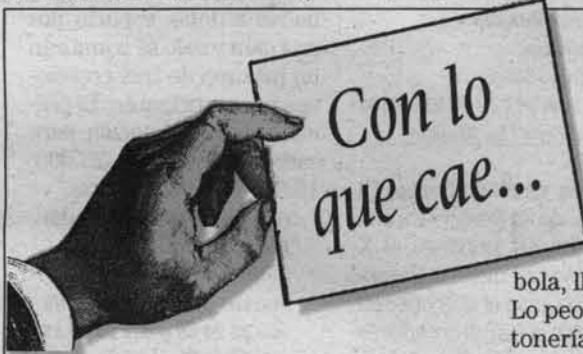




Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tífs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tífs. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tífs. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tífs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.l@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Con lo que cae...

I
■ Dicen que los que en un lejano día fueron llamados manuales de urbanidad o de buena educación, vivero de mordazas para los que de modernos presumían, que siempre los hubo, van a tomar validez de nuevo en los escaparates de las librerías.

—¿Quiere usted decir que tendré que ofrecerle mi asiento en el autobús a la gorda de doña Asunción?

—Por ahí anda el tema, barrunto.

—A ver si con la excusa de los buenos modales se nos limitan de nuevo las libertades, a pulso ganadas.

—O con la coartada de la buena educación se vuelve a implantar el insoponible «Juanito» en las escuelas.

—O la «Vida del repelente niño Vicente», de Rafael Azcona, aquel zangolotino que comenzaba sus cartas con el «Muy Señor mío, de toda mi consideración, respeto y pleitesía».

Cierto es que entre la hipocresía de una estomagante educación «a la antigua» y el «a mí, plim» actual; entre el soneto y el eructo y, en fin, entre el buen gusto —¿vocablo en desuso?— y el chiste escatológico, median un abismo. Ocurre, por otra parte, que, de buena fe que se dice, buscando los perdidos paraísos, se tome erróneamente el camino de las cavernas. Ojo, pues.

Ibamos diciendo. Se anuncia como panacea frente a cierta basura —no hay otra palabra— que hoy viene a desbanca a la receta social, la vuelta de los libros de convivencia o de buena educación. Con lo que cae, ¿llegarán a tiempo a nuestras manos?



II
■ Se veía venir: el poeta goloo acabó inventando la metáfora del sol último de la tarde, dorada bola, llamándolo yema de azúcar. Lo peor fue cuando, inevitable glotonería por medio, intentó clavarle el diente.

III
■ ¡Qué gran pintor aquél que para pintar una castiza marina mojaba su pincel en el mar verdadero, lo llevaba hasta el lienzo y pintaba azul, azul, azul...

IV
■ Consideración no del todo desatinada de nuestra prima Concha:

—Pues eso: que no se acostumbra una a dar fin al almuerzo frente al telediario sin Van Gaal por medio, así como miembro de nuestra propia familia que venía a resultar, oigan.

V
■ Decepcionante noticia aquélla que nos hace saber que la impecable dentadura de la guapa que anuncia el dentrífico de moda ¡es postiza!



VI
■ Desde hacía varios años venía sospechando el hecho, un tanto alarmante. Para su idónea comprobación requirió la colaboración de un fotógrafo. Aceptó entonces resignadamente

El minicuento de urgencia

La santera

Su nombre, Candela Sánchez. Sus santicos de barro policromado, todo un descubrimiento. Extendidas sus famas de hacedora de santos por la comarca, su casona del pueblo venía a constituir un pintoresco museo de coloristas devociones y antes que nada un animado centro de jubileos, unos devotos que entran, otros devotos que salen.

—Candela, ¿en cuántas pesetas, mañana euros, me deja usted este San Miguel Arcángel pisando a Balcebú, entre llamas coloradas?

—De vender, nada, caballero. El cielo me otorgó la virtud de nacer santera y precisamente para el cielo trabaja una, que no para acrecentar bolsa o bolsillo.

Un signo dramático que hubiese hecho feliz a Buñuel, el de «Viridiana», ganaba toda la estancia —corona de espinas del Nazareno, afiladas felchas de San Sebastián, lagrimones de cristal de La Dolorosa, llagas del Crucificado, rebanados senos de Santa Águeda, en bandeja de plata, de la que cagó la gata, con perdón, ofrecidos al personal...

No se detenía la imaginación de Candela en la frontera de la confección de populares devociones, a la mano en los altares de la parroquia del pueblo, sino que, inventando a su aire, ponía a la disposición del visitante, toda una nómina de devociones de nueva creación, amén de lo que podría denominarse «especialidad de la casa»: Fascinantes recuerdos y reliquias, a saber: el brazo amojamado de Santa Galvana, las entrañas de San Pilario ofrecidas en una bonita

urna orlada de flores de trapo, tres gotas de sudor y tres de sangre de San Veoveo, el corazón de Santa Pastora, abogada de los amantes de la naturaleza, y un delicioso Purgatorio, según diseño de su vecina Paca la del molino, la cual, habiendo traspasado recientemente las puertas de una muerte que por lo visto no era todavía la suya, había cruzado de paso el Purgatorio, poniendo luego en antecedentes del mismo a la santera.



Murió ésta hace sólo unos días. A mitad de camino dejó la que pudo haber resultado probablemente su obra capital: la batalla de los ángeles buenos, en celestes y rosas pintados, con los truculentos demonios de larguísimo rabo y pezuñas de macho cabrío.

Parece ser que tras la plácida agonía de Candela, brotó de la boca de ésta, al modo de las verdaderas santas del santoral oficial, una de esas bonitas cintas o filacterias naïf, en la que se leía en oro de purpurina: «Yo, Candela Sánchez, hacedora de santos, rogare siempre a éstos por vosotros. Amén».

Piadosa y aliviadora circunstancia ciertamente, no del todo fiable, pues quien la única que aseguraba haberla alcanzado con sus propios ojos en mitad de la capilla ardiente, sumida ésta en respetuosa oscuridad sólo alumbrada por un tazón de mariposas en aceite, había sido precisamente la antes nombrada Paca la del molino, fanfarrona y embustera donde las haya.

su dolorosa verdad al no salir en la foto: ¡no existía!

VII

—¡Que no sirves para nada, nena, hija mía, pero para nada de nada! Inútil, que eso es lo que eres: un trasto, siempre a lo topatolondro!

Así, un día tras otro, hasta que, para remediar entuertos, cuando la hermanilla menor, apenas unos meses, desde sus brazos de niña aún, vino a cáersele al



río, corrió la inútil desesperadamente hasta su hogar, a prepararle a toda prisa, amorosamente, la mortaja.

VIII

■ ¡Ea, no insistáis! dejó para siempre el folklore e ingreso en Internet!